

Competencia, corazón, servicio. Medicina y amor cristiano

R. Pellitero

Profesor de Teología Pastoral y capellán de la Clínica Universitaria

Correspondencia:

R. Pellitero

Profesor de Teología Pastoral

Capellán de la Clínica Universitaria

(rpellitero@unav.es)

Estas páginas quieren proponer algunas consideraciones a la luz de la encíclica "Deus caritas est", de Benedicto XVI. Cabe primero una aproximación a su significado para los profesionales de la salud. En segundo lugar conviene penetrar en el núcleo de la encíclica, núcleo que puede denominarse "la lógica cristiana del amor". Finalmente se plantean algunos puntos concretos para la reflexión personal y el diálogo entre los que cuidan a los enfermos.

I. Vivir el amor

1. Esta encíclica es la primera de Benedicto XVI y en ese sentido se presenta como programática para su pontificado. No se ocupa de un aspecto colateral del cristianismo, sino de su mismo núcleo: el amor es el fundamento siempre vivo de la vida personal y de la Iglesia. La encíclica se desarrolla en dos partes:

a) La primera parte expone cómo el amor humano –particularmente el amor matrimonial– está llamado a ser camino hacia la unión con Dios. Al mismo tiempo, el amor es un camino que progresa hacia la plenitud de unión entre las personas, e implica afrontar y superar las dificultades que se van presentando, y por tanto implica esfuerzo, sacrificio, sufrimiento. Este sufrimiento ha de verse, por tanto, no sólo como inevitable, sino como medio para que ese amor vaya alcanzando una plenitud insospechada, a pesar de las dificultades, y quizá por ellas.

b) La segunda parte aclara que la caridad con cada persona es esencial en la misión de la Iglesia y de los cristianos. No puede entenderse como una tarea meramente humanitaria, un *plus* para el cristiano; sino como elemento radical de la vivencia del Evangelio, pues, como afirmó Juan Pablo II, sin amor, todo podría quedarse en palabras¹.

2. La encíclica se hace una serie de preguntas. Cuando hablamos del amor, sea entre hombre y mujer, entre amigos, entre padres e hijos..., amor al prójimo y amor a Dios, ¿se trata de realidades totalmente diferentes, o de formas del amor? ¿Es verdad, como a veces se le ha acusado, que el cristianismo ha destruido la belleza y la alegría del amor? El amor promete la felicidad, hasta el "éxtasis divino", pero no siempre lo alcanza:

¿cómo vivir el amor para que se realice plenamente su promesa humana y divina? Si ese camino incluye el amor a Dios, que es invisible, ¿cómo es posible amar a Dios? y ¿qué sentido tiene que Dios haya mandado el amor? Por otra parte, ¿cómo se relaciona la justicia con el amor y qué papel ocupa la caridad en la misión de la Iglesia? Si el amor a los demás procede de la unión íntima con Dios, ¿cómo conseguir esa unión? Es lo que se preguntaba Teresa de Calcuta.

Otros interrogantes cabría formular. Pero es interesante que un profesional de la salud, máxime si es cristiano, se plantee precisamente éstos. No puede olvidarse sobre todo esa pregunta, que también se recoge en la encíclica y que escuchamos a los enfermos con cierta frecuencia, como renovando la que Cristo hizo en la Cruz: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" (Mt 27, 46).

3. Lógicamente, no cabe aquí ocuparnos de todas esas cuestiones. De un modo concentrado, el Papa expresa el propósito de su encíclica con estas palabras, situadas justo antes de la conclusión: "Vivir el amor y, así, llevar la luz de Dios al mundo: a esto quisiera invitar con esta Encíclica" (n. 39). En efecto, el amor es ante todo para vivirlo, para vivir de él y en él. Para dejarse conquistar por él y para conquistarlo día a día. Pero también, desde luego para quienes nos movemos en el seno de la universidad (el verdadero universitario nunca deja de serlo), es un gran tema para reflexionar y dialogar.

¿Cómo me encuentro yo –cada uno– ante el amor, en el matrimonio, en la familia, en la amistad, en el trabajo? ¿Cómo me sitúo, si soy creyente, ante todo en relación a Dios y qué consecuencias va teniendo en mi vida esta vocación al amor que se me presenta en cada momento², y que significa para un cristiano parecerse a Cristo y participar íntimamente de su misión? Y, más concretamente, ¿cómo integrar este planteamiento con el trabajo, intenso e implacable de cada día, en el ámbito de la salud y la atención a los enfermos?

Juan Pablo II les decía en una ocasión a los jóvenes del UNIV, al final de una tertulia distendida, durante la Semana Santa, que debían volver a sus tareas de estudio y trabajo, y a la relación con sus amigos, pero que no olvidaran que cada persona lleva en sí *un misterio y un dolor*.

¹ Cfr. JUAN PABLO II, Carta ap. *Novo millennio ineunte* (6.I.2001), n. 50.

² Cfr. John Henry NEWMAN, *Parochial and Plain Sermons*, vol. I, Westminster 1966-1968, pp. 121s. Vid. sobre el tema Michael CHAN, *Vocation in the life and writings of John Henry Cardinal Newman*, Pamplona 1991.

Los que cuidamos de los enfermos entramos en ese misterio y en ese dolor, para bien y para mal. Para bien, si nos entregamos a ellos. Para mal, si nos ponemos a la defensiva y “anteponemos” el prestigio, el orgullo, el quedar bien. Como señalaba Benedicto XVI en los comienzos de su pontificado con expresión fuerte, todos tenemos, de alguna manera, el corazón cerrado por unas compuertas, y no queremos que entren allí ni Dios ni los demás³. Hay que echar abajo esas compuertas, arriesgarse a querer, aprender a querer, disponerse a morir a uno mismo, como el grano de trigo de que habla el Evangelio (Cristo mismo es ese grano), para poder dar el fruto que Dios espera con ilusión de nosotros.

II. La “lógica cristiana” del amor

4. En unos tiempos en que el nombre de Dios se asocia a veces con la venganza, el odio y la violencia –escribe el Papa–, el mensaje del amor cristiano tiene una gran significación, también para los que atendemos a los enfermos. La lógica cristiana –es decir, la comprensión de la vida según el Logos hecho carne– no es la de la intolerancia fundamentalista, sino la del amor.

En el centro de la encíclica “Deus caritas est” se sitúan dos cuestiones. Son como dos focos de luz que en su referencia mutua determinan el escenario en que quiere moverse el documento. No sólo están materialmente en el medio del texto, al final de la primera parte y al principio de la segunda; sino que constituyen el núcleo de los pensamientos que el autor expresa. En primer lugar, “el doble mandamiento del amor” (nn. 14-18). En segundo lugar, la afirmación de que la caridad pertenece esencialmente a la misión de la Iglesia (nn. 19-25).

a) Primera cuestión: Dios instaura con los hombres, por la obra de Cristo y del Espíritu Santo, sobre todo gracias a la Eucaristía, una comunión de pensamiento, de voluntad y de sentimientos: así se puede llegar a “pensar con el pensamiento de Dios”, a “querer con la voluntad de Dios” y a “mirar con los ojos y los sentimientos de Cristo”. El amor a Dios y al prójimo son dos vertientes del amor cristiano que se implican mutuamente, como dos caras de la misma moneda. Ambos son inseparables, pero todo comienza por el amor de Dios. Él ha tomado la iniciativa en esa “experiencia de amor” que es la vida cristiana vivida plenamente, y que pide ser comunicada a otros. De este modo el amor divino transforma a las personas singulares en el “Nosotros” de la Iglesia, que tiene un horizonte universal.

b) Por eso –continúa el Papa su argumentación– la caridad (que no significa dar ropa vieja, un poco de dinero o algo de lo que nos sobra) es una dimensión constitutiva de la misión de la Iglesia, y por tanto de todo lo cristiano. He aquí la segunda gran cuestión. La caridad, o sencillamente el amor, es una manifestación irrenunciable de la esencia de la Iglesia o de su estructura fundamental.

Cuando el apóstol Pablo dice que la Iglesia es un cuerpo y la compara a un cuerpo humano donde cada miembro aporta una función importante a los otros miembros⁴, la analogía de la medicina se sitúa en primera línea a la hora de comprender y vivir lo que Cristo hace por el hombre: salvarlo, sanarlo. No en

vano el Concilio Vaticano II llama a la Iglesia *sacramentum salutis*: signo e instrumento de salvación o de salud. Tres formas de acción se han ido configurando, a través de la historia, como esenciales en la tarea de la Iglesia y de los cristianos: el anuncio de la Palabra de Dios, la celebración de los sacramentos y el servicio de la caridad; caridad o amor que ha de impregnar radical y efectivamente todo lo que hacemos a diario. ¿Cuánto más si se trata de atender a los enfermos de curarles o al menos aliviarles?

Ahora bien, la encíclica se plantea en su núcleo cómo se unen entre sí esos dos focos de luz, el amor cristiano y su papel en la misión de la Iglesia. Y se responde: por el Espíritu Santo. Él es el protagonista inmediato del amor: Él personaliza la potencia interior, la Vida divina que armoniza el corazón de cada uno de los creyentes con el corazón de Cristo, y les mueve a amar como Él los ha amado. Y resulta que el mismo Espíritu es la fuerza que transforma el corazón de la Iglesia, para que dé testimonio del amor en el mundo, en la medida en que busca el bien integral del ser humano.

El amor es, en definitiva, lo que nos une a los cristianos más profundamente, y a la vez, la fuerza transformadora por excelencia, lo único que hace nuevas todas las cosas⁵. Lo descubrió otra Teresa, y lo dejó escrito: “Mi vocación es ser el amor en el corazón de la Iglesia, entonces lo seré todo”⁶.

5. Lejos de quedarse en una especulación teórica, todo ello está impregnado de consecuencias prácticas. La Eucaristía introduce a los cristianos en la dinámica de la entrega de Cristo, el *Logos* que se hace *agape*, para seguir actuando en ellos y por ellos. No hay amor sin Cruz. Especialmente en los hambrientos y sedientos, los forasteros, los desnudos, LOS ENFERMOS y encarcelados... ahí está Cristo⁷. Pero sin el contacto personal con Dios, no se puede ver en los otros la imagen divina. Y viceversa, sin el servicio a los demás no se reconoce a Dios como Dios-amor. No habría culto cristiano donde cupiera una indiferencia por los pobres y necesitados. En sentido propio, no hay cristianos donde falta la oración y la Misa (¡el domingo!).

Decía Thibon que todo lo que se llama amor y no remite a Dios como centro y como meta, no es sino tiranía o esclavitud, comercio o costumbre, con cierto ingrediente de mentira para disimular su sabor a nada⁸. Esto no significa que los no creyentes no puedan amar de modo auténtico, sino que todo amor auténtico busca a Dios, tal vez sin saberlo: tiene sed de misterio y de eternidad.

En definitiva, el Papa nos dice: no hay cristianos, donde falta la caridad, el amor. Los que nos dedicamos a los enfermos estamos en la proa de esa nave en la que el Papa está trazando el rumbo de la Iglesia en nuestro tiempo: la atención al que sufre, al débil, al necesitado, se sitúa en el núcleo del amor. La Iglesia entera está implicada en el amor y la justicia. Y dentro de la Iglesia, los fieles laicos (los cristianos corrientes, que no son clérigos) por su propia vocación y misión, están convocados a participar en la vida pública y política con la diversidad de sus dones y opiniones, en libre concurrencia con las de los demás.

⁵ Vid. Barbara HALLENSLEBEN, El amor, lo único nuevo, “Alfa y Omega”, 16-II-2006, p. 27.

⁶ Cfr. Teresa DEL NIÑO JESUS, Manuscrito Autob. B, 3v, en Manuscrits autobiographiques, Paris 1992, pp. 299s.

⁷ Lo dice Cristo mismo al hablar del juicio final, en Mateo 25, 35ss.

⁸ Vid. Gustave THIBON, Nuestra mirada ciega ante la luz, Madrid 1973, p. 160.

³ Cfr. BENEDICTO XVI, Homilía en Pentecostés, 15.V. 2005.

⁴ Entre otros textos, véase 1 Co, 12, 12-30.

Sin amor, hemos evocado ya a Juan Pablo II, todo podría quedarse en palabras. La lógica cristiana del amor conduce a los hechos.

III. Competencia, corazón, servicio

6. En este último apartado, para facilitar la reflexión personal y el diálogo constante entre los profesionales de la salud, vale la pena destacar un pasaje de la encíclica. Se dirige de modo inmediato a los que trabajan en las instituciones caritativas de la Iglesia, pero se aplica a todos los cristianos que se ocupan profesionalmente de los enfermos. El pasaje al que me refiero está en el número 31 del texto y puede dividirse en tres segmentos:

a) "Por lo que se refiere al servicio que se ofrece a los que sufren, es preciso que sean competentes profesionalmente: quienes prestan ayuda han de ser formados de manera que sepan hacer lo más apropiado y de la manera más adecuada, asumiendo el compromiso de que se continúen después las atenciones necesarias. Un primer requisito fundamental es la competencia profesional, pero por sí sola no basta".

b) "En efecto, se trata de seres humanos, y los seres humanos necesitan siempre algo más que una atención sólo técnicamente correcta. Necesitan humanidad. Necesitan atención cordial. ... Deben distinguirse por no limitarse a realizar con destreza lo más conveniente en cada momento, sino por su dedicación al otro con una atención que sale del corazón, para que el otro experimente su riqueza de humanidad".

c) "Por eso... además de la preparación profesional, [los que se ocupan de los enfermos] necesitan también y sobre todo una 'formación del corazón': se les ha de guiar hacia ese encuentro con Dios en Cristo, que suscite en ellos el amor y abra su espíritu al otro, de modo que, para ellos, el amor al prójimo ya no sea un mandamiento por así decir impuesto desde fuera, sino una consecuencia que se desprende de su fe, la cual actúa por la caridad⁹".

7. A partir de estas palabras cabe concretar algunos puntos, de modo que el análisis redunde en una "calidad de asistencia" para los enfermos.

a) Primer "elemento": la COMPETENCIA. Competencia y no competitividad. Competencia que no es egoísta, ni se pone a la defensiva de lo que uno sabe. Una competencia que no busca sobresalir; sino competencia insertada en un equipo, para dar entre todos lo más que podamos, lo que el enfermo debe recibir de nosotros, de nuestro hospital, ambulatorio o consulta. La competencia expresa la verdad de nuestra ciencia, que debe estar iluminada por la fe para convertirse en verdadera sabiduría; en esa "lógica" de la que tienen sed incluso los más escépticos¹⁰.

Esto se hará posible si procuramos cada uno estar al día, estudiando y mejorando con esfuerzo, aunque pasen los años. Si fomentamos el trabajo en equipo, que es más eficaz. Si buscamos el orden para llegar a más; orden en la mesa, en los libros y en los viajes; orden en nuestra cabeza y en nuestro corazón, y como consecuencia, en lo que decimos y hacemos.

b) Segundo "elemento": CORAZÓN. Como es sabido, para la Biblia el corazón es el símbolo que representa el valor de una persona.

Un punto de partida se impone: para querer al enfermo, a cada enfermo, hay que vivir un clima de verdadero afecto en el equipo integrante del hospital o del departamento. No se puede dar, de verdad, lo que no se vive; dicho de otra manera, lo que se da es lo que se vive. Si hubiera un clima de tensión, o de indiferencia, o de competitividad, eso se transmite, a pesar de que uno se proponga dejarlo de puertas adentro. El corazón significa, en suma, la capacidad de salir de uno mismo para entregarse a los demás a pesar de las dificultades. Significa la misericordia, que casi a la letra significa ser capaz de llevar las miserias del otro en el corazón, manteniéndolo en carne viva, por el esfuerzo de un amor recio, sacrificado y generoso¹¹. Significa ese esfuerzo por hacerse cargo del enfermo como persona, en la globalidad de sus necesidades¹², esfuerzo que sólo puede sostenerse largo tiempo por una energía que es más que humana.

Sobre esa base cabe seguir concretando algunas preguntas que formarían parte de un "protocolo", quizá más exigente de lo que a veces nos planteamos:

- Cómo se sienten los enfermos y sus familias, y cómo nos situamos ante ellos.

- Si no se sienten queridos, qué problemas puede haber (relacionados con la enfermedad, quizá en la familia; cuestiones psicológicas que pueden requerir ayuda especializada, o incluso problemas espirituales...); ante todo problemas básicos: el dolor, comer, dormir, comunicarse).

- Para sentirse querido hay que sentirse escuchado. ¿Fomentamos en nosotros mismos la capacidad de querer, comprender y perdonar?. Corazón no es sentimentalismo: es cabeza, experiencia, comunicación, el conjunto difícil de ternura y fortaleza.

- Todos somos muy sensibles a lo nuestro, a nuestra experiencia, y poco sensibles a la experiencia del otro: pero tenemos obligación de hacernos cargo: hacerse cargo del miedo y de la angustia, de la soledad, de la depresión.

c) De aquí brota por sí mismo el tercer elemento: SERVICIO. El amor cristiano, dice el Papa, es consecuencia de la fe y de la apertura del espíritu a los demás. Servicio es atreverse, pidiéndoselo al Espíritu Santo, a pensar como Cristo, querer como Él, mirar desde su punto de vista, en su perspectiva.

No importa insistir en que nada de esto lo hacemos solos. Hoy la medicina, y en general la atención a los enfermos, depende en gran parte del equipo. A unos más que a otros les corresponde informar al enfermo con verdad y prudencia, contando con otras personas que pueden ayudarlo, como el sacerdote. Nada de extraño tiene hablarle a un enfermo del sacramento o de la Unión de los enfermos, ayudándole a quitar el miedo a Dios, miedo que quizá le atenaza, pero que no tiene sentido. Lógicamente, la experiencia personal del perdón de Dios en el alma, por parte de uno mismo, es la mejor base para

¹¹ Así se expresaba en una de sus homilias Josemaría ESCRIVÁ DE BALAGUER, Con la fuerza del amor, en Amigos de Dios, Madrid 1977, n. 232.

¹² Ver más ampliamente Jordi CERVOS NAVARRO, La santificación del trabajo ordinario para los profesionales de la salud, en Miguel Ángel MONGE (ed.), San Josemaría y los enfermos, Madrid 2006, pp.141-156.

⁹ Cfr. Carta a los Gálatas, 5, 6.

¹⁰ Según Jean GUITTON, Lo que yo creo. Razones por las que creer, Barcelona, 2004, pp. 56s.

transmitir lo formidable que es acceder al sacramento del perdón (la confesión de los pecados) y al sacramento de la Unción. Al fin y al cabo, la Vida a la que aspiramos todos –y en esto se resume la fe cristiana–, es exactamente la vida de Cristo, que se nos da de modo que podamos vivir para siempre, en los sacramentos y principalmente en la Eucaristía.

Servicio es tener la eficacia que Dios quiere en nuestra vida, no la que quizá nos imaginamos, sino la que de verdad les sirve a los enfermos, que se resume en el amor.

Cristo está en los enfermos, ciertamente, y sobre el amor a ellos se nos juzgará. Pero también Cristo está en los médicos y en todos los profesionales de la salud. Cristo cura a muchos de los que se encuentra, a otros quizá no, pero intercede por ellos, los trata con cariño. A todos ilumina, por todos se entrega, a todos sirve en lo grande y en lo pequeño, como personas y como hijos de Dios.



Alumni Navarrensés
Universidad de Navarra

“En la Alumni nos falta algo... nos faltas TÚ”

Hazte miembro-Alumni

Edificio Central. 31080 Pamplona, España. Tel. 948 425 600. Fax. 948 425 619. alumni@unav.es. www.unav.es/alumni